

Ismaíl Kadaré

# Abril quebrado

Traducción de Ramón Sánchez Lizarralde



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

## Título original: *Prilli i thyer*

Primera edición: 2001  
Tercera edición: 2012  
Tercera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Librairie Arthème Fayard, 1982  
© de la traducción: Herederos de Ramón Sánchez Lizarralde, 2001  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2001, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-6921-2  
Depósito legal: B. 2.250-2012  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	Nota del traductor
	<i>Abril quebrado</i>
15	Capítulo primero
35	Capítulo segundo
77	Capítulo tercero
152	Capítulo cuarto
181	Capítulo quinto
192	Capítulo sexto
230	Capítulo séptimo



## Nota del traductor

En 1993 comenzaron a aparecer, publicados por Fayard simultáneamente en francés y en albanés, los volúmenes de la serie *Vepra (Obras)* de Ismaíl Kadaré (el último tomo publicado es el que hace el número 10). Tan ambicioso como generoso propósito viene permitiendo al autor la revisión definitiva de la totalidad de su obra, relativamente dispersa por un lado, pero también, en el caso de no pocas de sus novelas, sometida a sucesivos cambios y variaciones dependiendo de las circunstancias concretas de aparición.

En la mayoría de los casos se trata de enmiendas y arreglos de carácter estrictamente estilístico; en algunos se llega a la reconstrucción de ciertos personajes y de pasajes con los que Kadaré no estaba enteramente satisfecho; y en otras ocasiones, por fin, las transformaciones consisten, de un lado, en devolver a los textos su primi-

tiva redacción, alterada por el autor por motivaciones debidas a la censura o la conveniencia política con el fin de lograr la supervivencia de la obra después de haber sido ésta criticada, y de otro en prescindir de elementos que tenían desde el comienzo por principal objeto hacerla publicable bajo las condiciones del régimen de entonces.

En todas las oportunidades, a juicio de este lector-traductor, dichas revisiones han traído consigo una mejora de los libros, sin que nunca hayan llegado a afectar a su estructura ni a su esencia.

Ahora, la también feliz decisión de Alianza Editorial de iniciar una Biblioteca de Autor con la obra de Ismaíl Kadaré, proporciona la posibilidad de actualizar los textos de sus novelas, aparecidas en España y en castellano a partir de la década de los ochenta con arreglo a las versiones entonces disponibles, y de fijarlas de acuerdo con su definitiva redacción.

Finalmente, el traductor, que comenzó a poner en castellano la obra de Ismail Kadaré en 1989, tiene también ahora la oportunidad de revisar su propio trabajo, de corregir errores y desaciertos, de pulir rigideces o deficientes interpretaciones, de actualizar en suma, con arreglo a sus conocimientos y aptitudes actuales, textos con los que inició, no sin cierta torpeza en ocasiones, su trabajo de vertido de la amplia y original obra literaria de Kadaré a la lengua castellana.

Se trata además, y esto es lo fundamental, de una oportunidad, que debemos agradecer a la editorial, de restituir a los lectores diversas novelas del autor que, por di-

versas razones no literarias, habían desaparecido de las librerías y de los fondos editoriales.

*Abril quebrado* fue escrita en 1978 y publicada en 1980 en un volumen titulado *La sangre fría*, que incluía además otras novelas. La versión actual corresponde a la del tomo IV de las *Obras*. En ella Kadaré ha realizado no pocos cambios, supresiones, adiciones, transformaciones y retoques que, si bien —como ya se ha dicho— no afectan a la estructura y contenido esencial, en este caso no son despreciables en cuanto a su índole y su número. En primer lugar, pretenden ofrecer un cuadro más vívido de la vida en la montaña albanesa del norte (en particular la región de Myzeqea) a principios del siglo XX, así como de los preceptos del implacable Kanun que la regía. Por otro lado, afectan a los personajes que actúan a modo de contraste, la pareja en viaje de bodas procedente de la capital, cuyas concepciones y argumentaciones han sido ajustadas y configuradas con mayor precisión.

La primera versión castellana de esta novela, publicada en 1990, fue uno de los primeros trabajos literarios de este traductor, y naturalmente se nota. La actual, coincidente en lo primordial con aquélla, es resultado, por tanto, de una profunda revisión en la que se han corregido interpretaciones incorrectas o imprecisas y rectificado ingenuidades o errores, además de intentar aproximar más el texto español a las intenciones y logros del albanés. Por otra parte, teniendo en cuenta el carácter y el contenido mismos de esta novela, y aunque no soy decidido partidario de las notas en las obras narrativas de uso general, he optado por reducir el número de «espa-

ñalizaciones» de conceptos que, en realidad, no existen en nuestra sociedad y en nuestra lengua, y he recurrido como consecuencia a un número no despreciable de notas a pie de página que permitan al lector hacerse cargo de la realidad del mundo primitivo que protagoniza la narración.

Ramón Sánchez Lizarralde

Madrid-Soto de Agues, septiembre de 2001



Abril quebrado



# Capítulo primero

Cada vez que sentía frío en los pies sacudía ligeramente las rodillas y entonces, bajo sus plantas, oía crujir quejumbrosamente los guijarros. En verdad, el lamento venía de su interior. Nunca en su vida había permanecido tanto tiempo inmóvil, al acecho tras un talud al borde del camino grande.

La tarde agonizaba. Asustado, aterrado casi, se echó el fusil a la cara para alinear el punto de mira. En breve oscurecería y no podría afinar la puntería. Pasará sin duda antes de que la mira se ensombrezca, le había dicho su padre. Ten paciencia y espera.

Movió lentamente el cañón desplazando su punto de mira sobre los manchones de nieve aún sin derretir del otro lado del camino. Los matorrales cercanos estaban salpicados aquí y allá de granados silvestres. La idea de que aquél era un día decisivo en su existencia atravesó vagamente su cerebro. El punto de mira retrocedió de

nuevo de los granados silvestres a los manchones de nieve sin derretir. Lo que él había calificado mentalmente de día decisivo se reducía ahora a aquellos jirones de nieve y a aquellos granados silvestres, que parecían esperar desde el mediodía para presenciar su acción.

Dentro de poco anochecerá, pensó, y no podré apuntar. En realidad deseaba que el crepúsculo llegara cuanto antes, que tras él se precipitara la noche para poder salir huyendo a la carrera de aquella maldita emboscada. Pero el día declinaba muy lentamente, como si se complaciera en retenerlo. Aunque se trataba de la segunda emboscada de su vida para cobrarse la venganza de sangre, el hombre a quien debía matar era el mismo de la primera, de modo que la actual era como una prolongación de aquélla.

Sintió otra vez los pies helados y volvió a sacudir las rodillas tratando de impedir que el frío le fuera subiendo por el cuerpo. Pero entretanto el frío había hecho ya presa de su vientre, de su pecho y hasta de su cabeza. Le parecía que incluso el cerebro se le había congelado a medias, como aquellos montones de nieve junto al camino.

No era capaz de pensar con coherencia ni ilación. Lo invadía tan sólo un sentimiento de hostilidad hacia los grandes granados silvestres y los jirones de nieve, y se repetía una y otra vez que de no ser por ellos habría abandonado el acecho hacía tiempo. Pero se encontraban allí, testigos inmóviles, de modo que él no podía marcharse.

Por el recodo del camino, por vigésima vez a lo largo de aquella tarde, se le apareció el hombre a quien debía matar. Avanzaba con paso corto, con el negrísimo cañón de su fusil sobresaliendo a la derecha del cuello. El em-

boscado tembló: esta vez no era un espejismo. El acechado venía realmente.

Igual que otras veces, Gjorg dirigió el cañón hacia el hombre que se aproximaba y apuntó a la cabeza. Por un momento tuvo la impresión de que la cabeza jugueteaba, de que se negaba obstinadamente a colocarse en el punto de mira, e incluso, en el último instante, le pareció que sonreía burlona. Seis meses atrás le había sucedido lo mismo y, para no mutilar el rostro de la víctima (¿de dónde había salido aquella compasión en el último instante?), había apuntado más abajo, por ello no pudo darle muerte, sólo lo hirió en el cuello.

El hombre se aproximaba. Lo único que pido es que no salga herido, se dijo Gjorg en tono de súplica. Acababan de saldar la indemnización por la primera herida, y una segunda los arruinaría. En cambio por la muerte no había que pagar nada.

El acechado se iba acercando. Es mejor errar el tiro que herirlo, pensó. Trató de no pensar en nada. La primera vez había pensado demasiado, de ahí que lo hubiera echado todo a perder. Había sentido compasión, vergüenza, incluso en el último instante había recordado el viejo dicho: ¡en la mira lo tengas, lo matas!

No tienes nada más que pensar, se dijo. Haz sólo lo que debe hacerse. Tal como había hecho mentalmente centenares de veces, antes de disparar y de acuerdo con la costumbre, Gjorg advirtió al hombre que se aproximaba. Ni entonces ni más tarde lograría estar seguro de si había pronunciado alguna palabra o no llegó a salirle la voz del cuerpo. Lo cierto es que la víctima volvió bruscamente la cabeza. Gjorg captó apenas un leve movi-

miento del brazo tratando al parecer de quitarse el fusil de la espalda, y disparó. Levantó de inmediato los ojos del arma y observó, casi con asombro, el resultado. El muerto (el hombre aún se mantenía en pie, pero Gjorg estaba convencido de que estaba muerto), dio un paso vacilante al frente, su fusil cayó a un lado y él se desplomó sobre el contrario.

Gjorg abandonó su puesto y se encaminó hacia el muerto. El camino estaba completamente desierto. Sólo se oía el estruendo de sus pasos. El muerto había caído boca abajo. Gjorg se inclinó sobre él y le puso la mano en el hombro, como intentando despertarlo. ¿Qué estoy haciendo?, pensó. Posó la mano de nuevo sobre el hombro en actitud de pedirle que volviera de nuevo a la vida. ¿Por qué lo haces?, se dijo. Y de repente comprendió que no se había inclinado sobre el cadáver para despertarlo del sueño eterno sino para darle la vuelta. No, él no pretendía más que colocar el cuerpo boca arriba, como manda la tradición. Los granados silvestres y los cúmulos de nieve sin derretir continuaban allí en torno, observándolo todo.

Se irguió dispuesto a irse, pero recordó al instante que debía apoyarle el fusil en la cabeza.

Cumplió todo el rito como en sueños. Tenía ganas de vomitar y en dos o tres ocasiones se dijo: me ha dado el mal de sangre. Unos instantes después advirtió que estaba huyendo casi a la carrera por el camino solitario.

Caía la noche. Volvió la cabeza repetidas veces sin saber por qué. El camino seguía desierto, serpenteando entre matorrales desdeñosos en medio de la tarde que declinaba.

En algún lugar delante de él oyó cencerros de mulas y después voces humanas. Un grupo de gente venía hacia él por el camino grande. Unas veces parecían alegres viajeros y otras, montañeses de vuelta del mercado. Se encontró frente a ellos antes de lo que esperaba. Entre los hombres venían algunas mujeres jóvenes y niños.

Le dieron las buenas tardes y se detuvo. Antes de articular palabra hizo un gesto con la mano en la dirección de donde procedía.

—Allí, en el recodo del Camino Grande, he matado a un hombre —dijo con voz ronca—. Dadle la vuelta y apoyad el fusil en su cabeza, buenas gentes.

Entre el grupo de caminantes se hizo un momento de silencio.

—¿Es que te ha dado el mal de sangre? —preguntó alguien.

No respondió. La misma voz le recomendó algún remedio contra el mal de sangre, si le parecía, pero no le oyó, ya había reemprendido la marcha. Ahora que les había pedido que volvieran al muerto boca arriba se sintió un tanto aliviado. No conseguía recordar si él mismo lo había hecho o no. El Kanun<sup>1</sup> preveía la turbación producida por la muerte y permitía solicitar a cualquiera que pasara que hiciera lo que el implicado no hubiera logrado hacer. Eso sí, abandonar al muerto boca abajo y con el fusil apartado de él, constituía una vergüenza imperdonable.

1. *Kanun*: código de derecho consuetudinario albanés y más específicamente Kanun de Lëk Dukagjini. (*N. del T.*)

Aún no había terminado de oscurecer cuando entró en la aldea. Todavía duraba su día decisivo. La puerta de la *kulla*<sup>2</sup> estaba entreabierta. La empujó con el hombro y penetró en el interior.

—¿Qué? —preguntó alguien dentro.

Asintió con la cabeza.

—¿Cuándo?

—Hace un rato.

Oyó los pasos de ellos bajar por los peldaños de madera.

—Tienes las manos ensangrentadas —advirtió su padre—, ve a lavártelas.

Gjorg contempló sus manos con asombro.

—Fue seguramente cuando le di la vuelta —dijo.

Se había inquietado en vano durante el camino. Le habría bastado con mirarse las manos para comprender que todo lo había hecho como era debido.

En la *kulla* flotaba el aroma del café recién tostado. Para su sorpresa, sentía sueño. Hasta bostezó un par de veces seguidas. Junto a su hombro derecho, los encendidos ojos de su hermana menor le parecieron distantes, como dos estrellas tras una colina.

—¿Y ahora? —dijo de pronto sin dirigirse a nadie.

—Hay que proclamar la muerte en la aldea —respondió el padre.

Sólo entonces se percató Gjorg de que se estaba calzando las *opinga*<sup>3</sup>.

2. *Kulla*: edificación fortificada de piedra con forma de torre donde habitan los montañeses albaneses. (N. del T.)

3. *Opinga*: calzado ligero de piel sin armadura y con sujeción de cintas o correas utilizado habitualmente por los campesinos. (N. del T.)



Sorbía el café que su madre le había preparado cuando oyó la primera de las proclamas afuera:

—Gjorg, el de los Berisha, ha disparado contra Zef Kryeqyqe.

La voz tenía un timbre particular, entre la del pregoneero que proclama un decreto gubernamental y la del viejo salmista.

Fue como si en un instante aquella voz inhumana lo despertara de la somnolencia. Tuvo la sensación de que su nombre se había desprendido de su ser, de su piel y de su pecho para esparcirse de manera cruel por el exterior. Era la primera vez que experimentaba semejante sensación. Gjorg, el de los Berisha, repetía para sí la proclama del implacable pregoneero.

Tenía veintiséis años y era la primera vez que su nombre ocupaba un lugar en los cimientos de la vida.

«Gjorg, el de los Berisha, ha disparado contra Zef Kryeqyqe», repetía otra voz, procedente de otra dirección.

Atónito atendía a la transformación en proclama de aquello que poco antes no había sido sino un cúmulo de movimientos suyos, un grito antes de apuntar y luego una huída demencial junto a los granados silvestres y la desdeñosa nieve. Su nombre, Gjorg, se le antojó de pronto viejo y pesado, como las letras cinceladas, ennegrecidas por el orín, sobre el arco de la iglesia.

Afuera, los mensajeros de la muerte se transmitían aquel nombre unos a otros como sobre alas.

Media hora después trajeron al muerto. De acuerdo con la tradición, lo habían colocado sobre unas parihue-

las fabricadas con cuatro ramas de haya. Aún se alentaba la vaga esperanza de que no hubiera expirado.

El padre del muerto esperaba en pie ante la puerta de la *kulla*. Cuando los que cargaban el cuerpo se encontraban a unos cuarenta pasos, les gritó:

—¿Qué me traéis? ¿Herida o muerte?

La respuesta fue concisa y cortante:

—Muerte.

Su lengua buscó la saliva dentro, muy adentro, en la cavidad de la boca. No obstante, alcanzó a articular las palabras:

—Metedlo dentro y divulgad el duelo en la aldea y entre nuestros parientes.

Las esquilas del ganado que regresaba a la aldea de Brezftoht, las campanadas de la tarde y el resto de los ruidos del anochecer, parecían cargar sobre sí la recién proclamada noticia de la muerte.

Los caminos y senderos del poblado experimentaban una animación inusual. Algunas antorchas, que aún se vislumbraban mortecinas porque la claridad no había declinado por completo, parpadeaban en algún lugar, en el confín de la aldea. La gente entraba y salía de la casa del muerto. Lo mismo que de la del homicida. Otros, de dos en dos o de tres en tres, se encaminaban hacia alguna parte o retornaban de ella.

Desde las ventanas de las *kulla* aisladas se intercambiaban las últimas nuevas:

—Gjorg Berisha ha matado a Zef Kryeqyqe, ¿te has enterado?

—Gjorg, el de los Berisha, ha lavado la sangre de su hermano.

—¿Pedirán los Berisha la *besa*<sup>4</sup> de veinticuatro horas?

Desde las troneras de las *kulla* se dominaba el movimiento de las calles de la aldea. Ya era noche cerrada. El resplandor de las antorchas se tornaba más denso, casi sólido, e iba adquiriendo poco a poco un rojizo tono oscuro, como lava de volcán recién surgida de misteriosas profundidades. Su centelleo rociaba en derredor el augurio de salpicaduras de sangre futura.

Cuatro hombres, entre ellos un anciano, se encaminaban a la casa del muerto.

—Los mediadores van a pedir la *besa* de veinticuatro horas para los Berisha —decía alguien desde una ventana.

—¿Se la darán?

—Seguro que sí.

No obstante, el clan entero de los Berisha tomaba medidas de defensa. Aquí y allá se oían voces: Murrash, entra inmediatamente en casa. Cen, echa la tranca a la puerta. ¿Dónde está Preng?

Se atrancaban las puertas de los parientes próximos o lejanos pues, al igual que generación tras generación se había aprendido a reconocer los primeros embates de la tempestad, también se sabía que aquél era el peligroso momento inmediato a la muerte; la familia de la víctima no había concedido todavía ninguna de las *besa*, de modo que a los *Kryeqyqe*, cegados por la sangre recién derramada, les estaba permitido disparar sobre cualquier miembro del clan de los Berisha.

4. *Besa*: concepto fundamental del derecho consuetudinario albanés, ley, protección jurada, palabra de honor. (*N. del T.*)

Todos aguardaban, desde las ventanas de las *kulla*, la salida de la delegación de la casa del muerto. ¿Les concederán la *besa*?, preguntaban aquí y allá las mujeres.

Por fin salieron los cuatro mediadores. La negociación había sido breve. Su forma de andar no dejaba traslucir la respuesta, pero un grito difundió poco después la noticia.

–La familia Kryeqyqe ha otorgado la *besa*.

Todos comprendieron que se trataba de la pequeña *besa*, la de veinticuatro horas. Nadie mencionó la gran *besa*, la de treinta días, que los Kryeqyqe sólo podían conceder si la solicitaba la aldea inmediatamente después del entierro.

Las voces volaban de torre en torre.

–La familia de los Kryeqyqe ha otorgado la *besa*.

–Los Kryeqyqe han otorgado la *besa*.

–¡Alabado sea Dios! Al menos durante veinticuatro horas no se verterá sangre –suspiró una voz ronca tras un postigo.

La ceremonia fúnebre tuvo lugar al día siguiente a mediodía. Las plañideras llegaron de lejos, arañándose los rostros y arrancándose los cabellos según la costumbre. El viejo cementerio de la iglesia se llenó con las *xhoka*<sup>5</sup> negras del cortejo. Terminado el entierro, la comitiva regresó a la *kulla* de los Kryeqyqe. Gjorg iba entre ellos. No lo hacía ni mucho menos de buen grado. Entre él y

5. *Xhoka*: prenda de gruesa lana prensada, de hombre o de mujer, sin mangas, con media manga o mangas largas prendidas a la espalda y que llega hasta algo más abajo de la cintura. Habitualmente porta una capucha. (N. del T.)

su padre se había producido la que Gjorg esperaba que fuera la última de sus disputas y que, con toda certeza, se había repetido miles de veces en las montañas. Asistirás sin falta al entierro e incluso a la comida de difuntos. Pero yo soy el *gjakës*<sup>6</sup>, yo he sido quien lo ha matado, ¿por qué debo ir precisamente yo? Precisamente porque eres el homicida debes ir. Cualquiera puede faltar hoy al entierro o a la comida de difuntos, cualquiera menos tú. Porque a ti se te espera allí más que a nadie. Pero ¿por qué?, había replicado Gjorg por última vez. ¿Por qué debo hacerlo? Su padre le lanzó una mirada fulminante y Gjorg no volvió a decir una palabra.

Marchaba ahora entre el cortejo fúnebre, pálido, con paso vacilante, sintiendo a los costados las miradas de las gentes que apenas le rozaban para perderse más allá, entre la niebla. La mayoría pertenecían al clan del muerto. Quizá por enésima vez gimió para sus adentros: ¿por qué tengo que estar aquí?

Sus miradas no estaban cargadas de odio, eran frías, como aquel día de marzo; como se había sentido él, frío y sin cólera, la víspera cuando permanecía al acecho. La fosa recién abierta, las cruces de madera o de piedra, la mayoría inclinadas a un costado, el triste tañido de las campanas, todo estaba directamente vinculado a él en ese día. Los rostros de las plañideras, con aquellos pavorosos cortes producidos por sus uñas (oh, Dios, cómo habrán podido crecerles así las uñas en veinticuatro ho-

6. *Gjakës*: vengador, justiciero, término que designa al que ha perpetrado la venganza de sangre o ha de perpetrarla sobre el primero, sin matiz alguno vergonzoso o peyorativo, pues la muerte se ejecuta en cumplimiento del Kanun. (N. del T.)